

MOTIVOS DE CENTENARIO

En la apertura de los actos con que la Universidad Católica Andrés Bello, de Caracas, conmemoró el Centenario de la muerte de Don Andrés Bello (1865-1965), el P. Pedro P. Barnola, S. J., leyó el siguiente trabajo, que en apretada síntesis servirá a nuestros lectores como recordación de la figura más eximia de nuestra cultura. En estas páginas de SIC se publica por primera vez ese trabajo del P. Barnola.

NOTA DE LA REDACCION

Con la misma sencillez con que el hecho ocurrió, hac unos años, me es grato relatarlo ahora. No habían corrido aún muchos días de comenzado el primer año de actividades académicas. La primera redada estudiantil cobraba ya confianza por estas aulas y corredores, y ponía su nota de juventud alegre en el ambiente.

En estos primeros días la Universidad se llamaba simplemente Universidad Católica. Una mañana —lo recuerdo muy bien—, estando en conversación con el Rector y algunos profesores universitarios, hice la siguiente pregunta: ¿Y no se ha pensado en darle un nombre a esta Universidad? La pregunta pareció caer de sorpresa. Porque hasta ese momento nada al respecto se había pensado. Ya planteada la cuestión y razonada la conveniencia de buscar un nombre, luego de oír los varios que se mencionaban, manifesté que faltaba uno, que me parecía el más honroso y significativo para una Universidad venezolana y con sede en Caracas: el nombre del sabio caraqueño Don Andrés Bello, a quien la pluma de oro de otro sabio —el español Menéndez Pelayo— calificó sin ambages, con frase por todos bien sabida, como el mayor hombre de letras que ha dado la América hispana.

No se hizo necesario abundar en argumentaciones. La proposición tuvo acogida inmediata y unánime. Y poco después, llevada a Consejo Académico, fue aprobada con aplauso por todos sus miembros.

Hasta aquí esta partecita inédita, y por ende, poco conocida, del nacimiento y primeros días de esta Universidad bajo el nombre de Andrés Bello.

La raíz universitaria

Tal vez os cause alguna extrañeza, señores, que en ocasión tan solemne como la presente ocupe vuestra digna atención con el relato de ese pequeñísimo hecho, que sólo parece tener —a lo sumo— un valor meramente anecdótico.

Empero, si intrascendente en cuanto a las circunstancias referidas, no lo es en lo que respecta a la significación y contenido de aquel glorioso titular con que apenas nacida iba a agraciarse esta Universidad.

¿Fue acaso —cabría preguntar— mero gesto de sensibilidad patrioterica, o de desmedida valoración de un personaje muy socorrido en nuestra cultura, apellidar a esta Universidad con el nombre de Andrés Bello?

Lejos de mí desconocer u olvidar que hoy no es ningún secreto, para oyentes ilustrados como vosotros, la realidad y firmeza incommovible con que —más que en diversos monumentos o estatuas de bronce y de mármol— se alza señera en el horizonte ya plurisecular de la cultura del continente hispanohablante, la personalidad del ilustre cantor de la “zona tórrida”.

Pero también vosotros —al igual que quien ahora tiene la honra de hablaros— hemos oído no pocas veces, y ojalá no hayamos de oírlo todavía otras muchas, esas frases dichas por quienes, dándose por bien enterados, creen liquidar toda mención ponderativa que se haga de Andrés Bello, diciendo: “Bueno, Bello fue simplemente un gramático”; o “Bello, al fin de cuentas, no fue más que un poeta neoclásico”, y otras expresiones por este estilo.

Quienes lanzan tan burdas y tajantes generalizaciones suelen usar de cierto tono, entre compasivo y reticente, como indicativo de estar bien informados de lo que dicen. ¿Será acaso cosa tan simple y baladí ser un gramático o ser un poeta de la manera como lo fue Bello en una y otra de tales disciplinas?

Nadie medianamente enterado de la marcha que a lo largo de un siglo, y especialmente en lo que va de los últimos decenios, ha llevado la investigación y estudio de la personalidad y obra del polígrafo venezolano, podrá menos de sonreír al encontrarse al presente con quienes profieran frases como las arriba mencionadas.

Precisamente el punto inicial de este discurso, aludiente al patronazgo del nombre de Bello dado a esta Universidad, nos trae como de la mano a asomarnos —no más—, y siquiera por unos momentos, a ese panorama fecundo, ejemplar y estimulante en alto grado que nos ofrece la vida y actividad cultural del Maestro cuyo primer centenario de su muerte nos aprestamos a conmemorar.

Bien sabido es que la actual palabra Universidad, en su origen latino y medieval, designaba la docencia y aprendizaje organizado de todas las materias de aquellos estudios superiores que debían de formar integralmente al hombre de cultura. Su fin era, en cierta manera, antagónico de los estudios por ramas especializadas. En todas partes prosperó aquel sistema de estudios, aquellas Universitates Studiorum o Litterarum

—Universidad de estudios o también llamados Estudios generales— que comprendían todo: letras, filosofía, ciencias y teología. El estudiante recibía una formación completa, cabal, por lo universal de las materias cursadas.

Universalidad de estudio y de conocimientos en perfecta trabazón armónica y formativa del hombre: he aquí el ideal y meta de la Universidad en su concepción original. No torre cerrada y recinto de especulaciones artificiosas y anquilosadas —como a veces se ha pensado—, sino otero abierto a todos los horizontes, a la vez que copela donde toda ciencia y doctrina se acendra en el estudio reposado, como garantía y resguardo contra la cultura de oropel basada en enseñanzas alucinantes y utilitarias.

Bello a luz propia

A la luz de tan evocadora e insustituible concepción universitaria, es como la figura de Bello se yergue con toda la prestigiosa realidad que le es casi privativa en su tiempo, como adelantado de toda cultura en los más diversos campos del saber y como maestro en quien el mucho conocimiento de tan variadas disciplinas jamás alteró la armonía del conjunto, no obstante haber trazado más de una vez rutas nuevas y originales.

Mas no se piense que para sostener sin mengua tan categórica afirmación, que pudiera sonar a loanza de compromiso, hayamos de apelar a esos argumentos que suponemos muy sabidos, como el alusivo a los estudios universitarios en filosofía, ciencias, derecho y aun medicina, de los que documentalmente consta que fueron brillantemente cursados por Bello cuando joven estudiante en Caracas; o el argumento de las ideas tan magistralmente expuestas en el por demás famoso discurso de 1843 al reinstaurarse la Universidad de Santiago de Chile o, en fin, referirse a las experiencias como Profesor y Rector, por más de veinte años, en esa misma ilustre Universidad chilena, donde su ausencia, al morir, fue tan irreparable y sentida que para presarlo de alguna manera se guardó enlutado por un año entero el sillón rectoral.

Si marginamos ahora tales referencias —tópico frecuente de comentarios bellófilos— no es porque las creamos inadecuadas a nuestro propósito, sino porque, salvo lo concerniente a los años de estudiante en la Universidad caraqueña, los otros hechos tienen —a nuestro entender— el valor de resultados o de consecuencias que naturalmente hubieron de brotar de unas causas y antecedentes cuya importancia excepcional es la que debe, ante todo, reclamar nuestra atención y valoración.

Ante el porvenir de América

Es que el Bello maestro universitario por excelencia, forjador de juventudes intelectuales y de una cultura continental, preocupado asimismo intensamente por la difusión de la educación popular, no es un personaje que, urgido por las tareas y responsabilidad de su cargo, se apresta entonces al acopio y cultivo de tantas y tan graves disciplinas que son pábulo necesario de una "universitas studiorum". Es precisamente todo lo contrario: es que para Bello la Universidad no fue un empezar, como en punto de partida, sino un surgir

a puerto, como a punto de llegada, a la manera como antaño surgían, silenciosos y grávidos, los galeones que del rico Oriente llegaban a puertos de Europa para entregar su preciosa carga de especias y perfumes allegados tras de largo y laborioso recorrido.

Es que por encima de todos los méritos particulares que en forma eminente alcanzó Bello en tan diversos ramos de la cultura, sobresale en él —como rasgo específico y distintivo de su talento, superior quizás en esto aun al de las especulaciones intelectuales— el haberse dado cuenta del momento y circunstancias de su vida y posible futura actuación, y haber asumido —sin esguinces egoístas o indolentes— la responsabilidad que juzgó suya, prepararse bien para afrontarla y luego entregarse de un todo a cumplirla, según como la Providencia, a través de los medios humanos, se la fuera señalando.

Bello comprendió que su vida se abría ante un horizonte que era nuevo para América. Hombre de madura reflexión, cultivador de la historia desde joven, vio con luz meridiana que Venezuela, y como ella todo Hispanoamérica, se aproximaban con celeridad a la vertiente generatriz de una nueva existencia, en la que todo habría de cambiar, y todo estaría por hacerse, y habría que hacerlo acordemente con lo que exigirían las circunstancias de aquella nueva vida, como expresamente lo declaró por escrito en algún caso particular, desde Londres, cuando hacia 1825 se le consultaba sobre libros para la Universidad de Caracas.

Patriota convencido, y colaborador incondicional de la revolución desde sus mismos albores (aun cuando calumniado vilmente por el resentido José Domingo Díaz), jamás dudó —ni aun en los momentos más oscuros y adversos— de que la marcha de la independencia nada ni nadie la detendría ya en toda América.

Pudo en esto juzgársele entonces, tal vez, por visionario, como se le juzgó también a Bolívar. ¡Gran suerte! ¡En qué buena compañía iba! Pues a la postre, por encima y a despecho de tales juicios, ambos habrían acertado.

Pero no era en eso solamente en lo que el maestro y discípulo se iban a asemejar. Sino sobre todo en la tenaz y generosa dedicación con que uno y otro marcharon por sus respectivos rumbos a un destino providencial, abierto a todos, pero que sólo muy pocos cumplieron con gallardía.

De sí propio comentaba el Libertador, ya muy entrado en sus tareas a la cabeza de la revolución, que el percance de su prematura viudez había trocado completamente el futuro de su vida, la cual parecía en un principio destinada a oscurecerse vegetando a la sombra de los samanes de San Mateo, como un hacendado más, y tal vez alcalde del pueblo.

Equivocaciones providenciales

No de otra manera ocurre en la vida de Bello. Lo que pudo parecer de momento un trastorno de quién sabe qué planes e ilusiones, al ocurrir aquella indefinida, penosa y casi olvidada permanencia suya en Londres, en fidelísimo servicio de la causa republicana de América, vino a ser en el devenir inescrutable de la historia la ocasión providencial para que un espíritu tan preocupado como el suyo y tan bien formado en la culta Caracas colonial de los primeros

treinta años de su vida, se aprovechara intensamente en el rico ambiente cultural londinés, no con prurito de egoísta beneficio de su personalidad, sino puesta la mira —con voluntad de servicio— allende el Atlántico, pensando día y noche en el joven continente patrio, cuyos destinos futuros se cifraban en el esfuerzo y amor de sus buenos hijos. Entre éstos, nadie podría disputarle un primer puesto a Bello.

Aunque venezolano hasta la última fibra y lo más hondo de su afecto (como tan palpablemente lo han revelado en nuestros días los versos antes inéditos en los borradores de sus "silvas"); y aunque en un tiempo súbdito de la Colombia creada por el Libertador, sin embargo en Bello, como en Bolívar, se sobreponía, a la hora de las grandes resoluciones en bien de la colectividad, el pensamiento subyugante de una unidad continental: América!

Como Bolívar, vivió, se gastó y murió por la libertad de esa América considerada por él como la patria grande de todos, no otro fue el pensar y el sentir de Bello cuando abastecía y nutría su mente de tan variados conocimientos que con método y rigor científico lo capacitaban para crear luego en aquella misma América de todas las formas y tradición de una verdadera cultura, sin la cual de poco iba a servir y en buena parte se frustraría el esfuerzo ingente y heroico en pro de la independencia llevado a cabo por los Libertadores.

No cumplidos los treinta años de edad, al cerrarse el período caraqueño de la vida de Bello, tiene éste ya tan bien cimentada su formación humanística, científica y filosófica, que por esta razón su subsiguiente permanencia de 18 años en Londres fue toda desde el primer día de labor directa de abastecerse en muy diversos campos de la cultura, mientras llegaba la hora de reintegrarse a tierras de América, que pronto estarían listas para la buena siembra.

Y cuando esa hora llegó fue nuestra hermana Chile la que en circunstancias más favorables pudo acoger a Bello para el resto de su vida, en esa su tercera etapa que sería de 36 años, y brindarle oportunidades para desarrollar un vasto programa que contribuiría decisivamente al desarrollo de la nueva vida cultural hispanoamericana y a despertar iniciativas que asegurarán su continuidad.

A la fructificación generosa

Mas la variada cuanto proficua actividad de Bello en estos años de exuberante madurez intelectual —compendio de una verdadera *universitas studiorum*— no es sino el despliegue en escala mayor de aquellas mismas iniciativas admirables de la primera etapa de su vida aquí en Caracas, cuando ya no sólo traza el proyecto de aquel primer semanario, "El Lucero", órgano que sería difusor de toda luz científica y literaria, sino además, con pericia que denuncia bien la categoría científica y el método de sus estudios, compone aquella insospechable monografía: *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana*, "el más original y profundo de los estudios lingüísticos de Bello", según Menéndez Pelayo; tipo de obra que pareciera escrita por un veterano profesor de filología; libro del que en nuestros días autoridad tan conspicua en la materia como Amado Alonso afirma que en ese trabajo Bello logró dar cima satisfactoria a una em-

presa intentada y no lograda desde 1660 por filósofos, gramáticos y lingüistas; y añade el mismo autor que considera que la nomenclatura de los tiempos verbales elaborada por Bello, "por su fácil comprensión y aplicación y por el ancho campo que alcanza, no tiene par en la historia de la pedagogía del lenguaje" (o. c., t. IV, pp. LXXXI-LXXXII).

Quien a los 29 años de su edad, en la Caracas de comienzos del siglo XIX, fuera de las necesarias labores de rutina de un modesto despacho secretarial, sabe exprimir extrahoras al día para consagrar su talento a trabajos de tanta alcurnia intelectual, muestra bien a las claras que —aun limitado a circunstancias al presente insalvables— ha trazado ya a su vida rumbo definido como futuro maestro y sembrador de cultura.

Por esto tampoco tiene nada de extraño que, así fijada —en cierta manera— su vocación y autocompromiso, los largos e imprevistos años de asendereada permanencia en Londres le sirvieron —no obstante sus muchos sufrimientos— de preparación inmediata para un destino del que ni siquiera podía vislumbrar por entonces, cuándo ni dónde lo esperaba, pero al cual se sentía ya ligado, y venida la ocasión podría entregarse a él con toda voluntad y no menor competencia.

Mas, entretanto que ese momento llega, no todo está cerrado a la acción directa. Ahí están las prensas londinenses listas para sudar con las páginas de los densos volúmenes de esas dos memorables revistas: *La Biblioteca Americana* y *El Repertorio Americano* (en 1823 y 1826, respectivamente), publicaciones que son hoy joyas de inestimable valor bibliográfico y orgullo de buenas bibliotecas.

El prospecto introductorio de una y otra de tales revistas es como un pregón alborozado del credo americanista de Bello, expuesto en frases cuya mera lectura, al cabo de casi siglo y medio, aún contagian con el entusiasmo y altruísmo que en la empresa ponía su autor.

Ni deja de sumarse al mérito de esos y otros trabajos de esta época el hecho de ser fruto de esas horas que tal vez para otros miembros de delegaciones diplomáticas sean de amodorrada inacción; pero que para Bello fueron de avara dedicación a estudiar e investigar temas de alta cultura. Los tesoros documentales y bibliográficos del acreditado Museo Británico a diario sintieron que sobre sus amarillas y mortecinas páginas se arremansaba escrutadora e interrogante la mirada de aquel joven americano que en incesante y acucioso laboreo trasladaba a sus cuadernos de menuda caligrafía apuntes, citas y comentarios que, años más tarde, hechos ya sustancia propia, se desdoblarian allá en Chile en obras de tal solidez y categoría científica que, aun sometidas a la más rigurosa crítica por especialistas de nuestros mismos días, no sólo salen enteras y airoosas, más bien luciendo una actualidad que obliga a tenérselas en cuenta —y a veces como insustituibles— en temas muy específicos de la moderna cultura.

Cuántas y cuáles obras

Así nació el denso volumen de la *Gramática de la lengua castellana*, obra de intención expresamente americanista, destinada a defender y conservar algo tan importante como la unidad continental del lenguaje; obra revolucionaria en su misma raíz, en la que por

primera vez se libera al castellano de las agobiantes normas rutinariamente conservadas de la gramática latina. De ese libro de Bello, el ya citado especialista Amado Alonso no duda de afirmar que como gramática es la "mejor de nuestra lengua", y la mejor no sólo comparativamente a falta de otra que la supere, sino en absoluto como una de las mejores gramáticas de los tiempos modernos en cualquier lengua, y esto pasado más de un siglo de haberse compuesto y justamente el siglo en que se ha constituido en ciencia el estudio del lenguaje.

Así nació, póstuma, pero ya concluida después de cuarenta años de sorprendente y callada laboriosidad, esa edición crítica y comentarios del primer monumento escrito de la literatura castellana, el Poema del Cid, edición restauradora del texto, la más cabal por muchos años, y de tal valía —aun en la actualidad— que bien justifica las ponderativas frases del elogio que emocionadamente le consagró la pluma de Menéndez Pelayo.

Así nació, al cabo de casi veinticinco años de preparación y redacción —en medio de mil otras actividades—, esa obra considerada como modelo de legislación: el Código Civil chileno, que a poco de conocerse fue adoptado por otras naciones americanas.

Y del campo de la lingüística, y de la filología medieval y de la legislación, como gran señor que con igual serena jerarquía se pasea por todo el ámbito de esa gran "Universitas studiorum", pasa a los dominios del Derecho, tanto Internacional o de Gentes, como del Romano, y sus obras crean escuela, y aun alguna es inconsideradamente plagiada casi del todo en el extranjero (y no fue ésta la única vez que tal cosa ocurrió), y se crea tal halo de prestigio y autoridad en torno a su persona, que más de una vez es designado como árbitro para dirimir contiendas de carácter internacional. Y no menos podía adentrarse, talento tan bien formado como el suyo, por el terreno de la Filosofía, en el que con sorprendente tino y modernidad discurre por entre el laberinto de las más encontradas doctrinas, y luego —como una más de sus obras— escribe y publica su tratado de Filosofía del Entendimiento, del que en nuestros días ha podido decir el profesor Gaos que "en la historia del pensamiento de lengua española ese libro de Bello representa la manifestación más importante de la filosofía hispano-americana influida por la europea anterior al idealismo alemán y contemporánea de ésta hasta la positivista... y por lo mismo un hito de relieve singular en la historia entera de dicho pensamiento" (o. c., II, p. LXXX).

Tal era, en algunos de sus aspectos, el denso aporte a los estudios y en particular a la Universidad, traído por Bello como en trance de fructificación temporal, cual correspondía a árbol de tan selecto pie. Y aún cabría recordar los veintitrés años de magisterio y de orientación cívica y cultural desde las páginas del periódico "El Araucano". Y como florón que ponga una nota de colorido y de fantasía en ese gran conjunto armónico de graves disciplinas intelectuales, ahí están —frescas e insuperadas— las estancias del cantor por antonomasia de esta tierra americana de esta fecunda zona

"que al sol enamorada circunscribe
el vago curso, y cuanto ser se anima
en cada vario clima
acariciada de su luz conclibe",

obra que le granjeó el título de primer poeta descriptivo de la literatura castellana, a juicio de la propia crítica española.

De ayer y de hoy

Si la compilación y edición de sus Obras Completas rebasa bien la veintena de gruesos volúmenes, lo que en éstos admira no es solamente la abundancia y diversidad de materias y temas, sino la competencia, profundidad y originalidad que Bello —sin afanes de erudito— sabe combinar tan equilibradamente con las formas pedagógicas y prácticas, pues que la metra primacial de sus labores era la enseñanza, en todos sus niveles, y ésta difundida y adaptada con mentalidad y preocupación eminentemente americanas.

Quien entra en contacto intelectual directo con esas obras advertirá enseguida —tal vez contra lo que pudiera sospecharse— que buena parte de su contenido no es, ni mucho menos, materia para reclusa en el anaquel de las cosas venerables, sí, pero olvidadas, sombras de un pasado que pudo ser glorioso en sus días. Porque en vigencia está —añadidas las reformas circunstanciales al uso— su Código Civil; en vigencia está, como fuente insustituible y siempre manante de autoridad lingüística, su Gramática Castellana, donde por más de un siglo han abrevado tantos autores de textos escolares y otros; en vigencia van entrando cada día más, a cada nueva norma que promulga la Real Academia Española, las muy pensadas reformas ortográficas que con tanto sentido práctico procuró introducir el sabio caraqueño. Mas no intentamos hacer una enumeración, sino citar ejemplos; y con los traídos creemos que algo se prueba respecto de la afirmada actualidad de algunas obras de Bello.

Si por su actitud receptiva ante todo progreso literario; por la amplitud de sus conocimientos y el sabio magisterio tan largamente ejercido de palabra y por escrito, la personalidad de Bello es expresión viviente y acabada de cuanto signifique universidad, aún tiene más importancia, también universitariamente y en el orden educativo —para la forja de hombres verdaderamente útiles a la Patria, ajenos a ese tipo de estudio universitario que se toma como camino para una profesión sólo con fines utilitarios—, mantener presente el recuerdo del nombre, de la efigie y de la vida de Bello, como estímulo y ejemplo para la práctica de aquellas virtudes cívicas y morales que lo distinguieron; de aquel trabajo habitual de superación en un medio donde tanto había que hacer de aquella entereza cristiana a toda prueba; y en cuántas pruebas!; y, en fin, de aquel perseverante esfuerzo de servicio en bien de todos. Pocas veces un calificativo o título tan noble y honroso como el de humanista ha podido otorgarse más acertadamente que al nombre de tan ilustre venezolano.

Ciertamente creemos que en casos como el de Bello está indicado y es un deber conmemorar el centenario de su muerte; para que así mejor se vea —por contraste— que si hace cien años murió en el cuerpo, en cambio ha sobrevivido y es inmortal en el ejemplo de su vida y en las obras que son jugo de su espíritu, las cuales, como el buen vino, no temen el paso del tiempo, antes cuentan los años a su favor.

Pedro Pablo Barnola, S. J.